
Seño, Acaso Tengo Zapatos, Pué



Una mañana muy fría de invierno en una ciudad grande del Norte, la esposa de un ministro notó en la calle a un pequeño niño con periódicos bajo el brazo. No tenía zapatos y con sus pies descalzos estaba parado sobre una rejilla de ventilación de una panadería. Viendo sus pies rojos y agrietados, fue movida a compasión y le preguntó, “Hijo, ¿dónde están tus zapatos?”

“Seño, acaso tengo zapatos, pué,” respondió con sencillez. La esposa del pastor lo invitó a acompañarla a un almacén donde ella le compró gruesos zapatos y calcetines. El muchacho, rebotando de orgullo, corrió feliz del almacén sin tan siquiera agradecerle a su benefactora. Ella se sintió un tanto triste por su falta de gratitud.

Pero, al salir ella del almacén, el jovencito volvió a toda carrera, y casi sin aliento exclamó, “Seño, ¡se me olvidó decirle gracias por estos zapatos tan lindos y calientes!” Y luego continuó diciendo, “Seño, le quiero hacer una pregunta: ¿Usted es la esposa de Dios?”

El niño tomó de sorpresa a la señora, por lo que tartamudeó buscando respuesta. Al fin dijo, “Ah – pues – no. Sólo soy una de sus hijas.

“Pues, ya ve. Bien sabía yo que era pariente de Él.”